

VISIÓN PROGRESISTA,
ORDEN DEMOCRÁTICO Y MORAL
NACIONALISTA EN EL GOBIERNO
DE RECONSTRUCCIÓN NACIONAL
PRESIDIDO POR EL GENERAL
ANDRÉS AVELINO CÁCERES
ENTRE 1886 Y 1890

Escribe: Germán Calderón Ticse*.

En junio de 1884, ante una patriótica conminación lanzada por el general Andrés Avelino Cáceres desde su cuartel general establecido en Jauja, el comando de las fuerzas de ocupación chilena ordenó la evacuación del Perú, pero reteniendo la rica región del guano y el salitre merced a lo estipulado en el Tratado de Ancón. Abandonaron así los chilenos al gobierno títere de Miguel Iglesias, firmante del tratado de paz entreguista, que debió enfrentarse entonces al ejército patriota de Cáceres, que lo había desconocido. *“Todavía quedaba algo por hacer en el Perú -escribe Sir Clements Markham-, el gobierno impuesto por Chile no era el elegido del pueblo; el general Cáceres representaba al jefe constitucional del Perú y la nación entera deseaba que se restituyese el imperio de las leyes”.* Cáceres propuso a Iglesias que dimitiese el poder en la persona del presidente o vicepresidente del último período constitucional, Mariano Ignacio Prado o Luis La Puerta, o en otra personalidad que hallase consenso y que llevase adelante elecciones generales. Pero Iglesias rehusó, desterrando a sus opositores políticos y amordazando la prensa.

En agosto de 1884 el general Cáceres hizo una audaz e inesperada tentativa para apoderarse de la capital, pero al no recibiendo el apoyo que se le había ofrecido tuvo que retirarse tras un combate en las calles de la ciudad. Se encaminó entonces a Arequipa, para reorganizar su ejército. Las fuerzas de Iglesias recuperaron Trujillo en octubre del mismo año, después de librar una

sangrienta batalla. A fines de marzo de 1885 salió Cáceres de Arequipa con 4000 hombres bien armados, llevando como jefe de vanguardia al coronel Morales Bermúdez. El 30 de abril estaba en Ayacucho, al tiempo que sus partidarios se hacían fuertes en el norte de la república. En mayo, los leales seguidores del coronel Puga recuperaron Trujillo. En julio Cáceres se acantonó en Tarma y fue reconocido como Jefe Supremo de la Nación. Dos meses después Iglesias envió un ejército de 3000 hombres en su contra, a las órdenes del coronel Relayze. Cáceres se retiró tranquilamente a Jauja induciendo a su enemigo a alejarse más y más de su cuartel general. En noviembre de aquel año de 1885, se encontró Relayze con una división de Cáceres en Huaripampa, cerca de Jauja, a la orilla izquierda del río Mantaro. Consiguió rechazarla y al seguir el avance por el puente de alambre que unía ambas orillas, éste se rompió ocasionándole algunas pérdidas. No fue ello un accidente sino una maniobra urdida inteligentemente por los caceristas, que la historia conoce como la *huaripampeada*. Relayze creía haber obtenido una victoria y que Cáceres huía al sur, pero había quedado burlado. Mediaba el río Mantaro entre sus fuerzas y una división de Cáceres, pero éste tenía al grueso de su ejército entre Relayze y su base de operaciones, Chicla, al término del ferrocarril. Cáceres, hábil estratega, aprovechó la coyuntura para poner fin a la contienda. El 16 de noviembre emprendió rápidamente la marcha hacia Chicla y el 24 se apoderó de todo el material rodante del ferrocarril, dirigiéndose inmediatamente a Lima. La noticia de su aproximación causó consternación a Iglesias y a sus partidarios. Lo mejor de su ejército quedaba aislado en el Centro, y las pocas tropas existentes en Lima fueron atrincheradas en el palacio de gobierno.

El 1 de diciembre Cáceres hizo su entrada triunfal en Lima, uniéndosele muchas personas de prestigio. De inmediato envió un comisionado ante Iglesias, exigiéndole desistir de toda resistencia pues acarrearía un inútil derramamiento de sangre. Lejano de toda ambición personal, Cáceres propuso que dos plenipotenciarios, uno por cada bando, llegasen a un acuerdo para terminar con la guerra civil, a lo que accedió Iglesias. Ese acuerdo determinó

que ambos jefes renunciasen al mando y que lo asumiera un Consejo de Ministros presidido por el doctor Antonio Arenas. Se dictó una amnistía general y el coronel Relayze desarmó su ejército. Fue de ese modo que el general Cáceres, después de luchar por espacio de seis años contra los chilenos, y cuatro contra los traidores, con una energía incansable y un valor digno de todo encomio, restauró la paz en el Perú, que pudo al fin pensar en un retorno al orden constitucional.

El gobierno transitorio convocó a elecciones generales y el 2 de junio de 1886 promulgó la ley del Congreso que proclamó a Cáceres como Presidente Constitucional de la República, para el período 1886-1890. Verdaderamente, fue abrumadora la victoria alcanzada por el Héroe de La Breña, pues obtuvo mayoría absoluta en los escrutinios, *“el voto unánime del pueblo”*. Al asumir el mando supremo, Cáceres pronunció un discurso realista, cargado de profundo sentir patriótico y pletórico de fe en la reconstrucción del país. Ante el Congreso, dijo entonces *“Asumo el mando supremo sobre un terreno accidentado por las catástrofes, con un tesoro deficiente y con una gran mayoría de ciudadanos empobrecidos por la guerra, sin elementos de trabajo. La situación, en verdad, no es halagadora, pero por lo mismo que ella ofrece dificultades, mayores deben ser nuestros esfuerzos para vencerlas”*.

Tenía el General Presidente ante sí una dura y penosa labor, respecto a lo cual el historiador británico Sir Clements Robert Markham anotó lo siguiente: *“La ruina, la miseria y el abatimiento reinaban por todas partes. Los estragos de la guerra y la matanza de indios habían materialmente diezmado la población. El tesoro estaba vacío. El país había sido despojado hasta de su último centavo, pero aún quedaban la esperanza y la energía. Con un período de paz y tiempo suficiente se animaría el pueblo y revivirían las industrias; mientras tanto se necesitaba de la más estricta economía en todos los ramos. Se transmitió una circular a todos los prefectos, manifestando que la política del Presidente Cáceres era la de colocar a la población andina en igual situación que la de los peruanos descendientes de los españoles, asegurándole*

los mismos derechos y privilegios. Las aspiraciones de Túpac Amaru parecían realizarse y por fin la noble causa por la cual fue mártir hallaba esperanza de triunfar”.

Fue aquel un período muy difícil, pese a lo cual la gestión presidencial, desarrollada con la honestidad y la videncia de un auténtico estadista y geopolítico, fue fecunda en positivas realizaciones. Cuando la patria se hallaba convertida en un montón de ruinas por acción del invasor y cuando reinaba por doquier el luto y la desolación, el Presidente Cáceres reanimó con un soplo de vida el organismo agonizante del Estado y bajo su patriótica conducción se dio inicio a la Reconstrucción Nacional.

Es el historiador Juan José Vega, incansable buscador de documentos y artífice de una historia renovadora, quien ha escrito el mejor compendio de lo que fue el gobierno nacionalista de Cáceres, pródigo en logros progresistas, como pocos en la historia del Perú. Precisamente, merece ser resaltado aquello que no aparece en la historia tradicional y Juan José Vega, como Markham en el siglo XIX, nos acerca a un estadista para el cual fue fundamental la preocupación por las minorías desposeídas, accionar en el cual tuvo el apoyo de la flor y nata de una generación de brillantes intelectuales, civiles y militares.

“No podemos menos que recordar cómo Cáceres otorgó la propiedad de la tierra a los campesinos comuneros. Así mismo favoreció el folklore, creándose bajo sus auspicios el primer conjunto vernacular que se conozca, “Los Hijos de Condorcunca”, que eran ayacuchanos. Por igual, en los salones intelectuales propició una línea de acercamiento al Perú de adentro.

Extendió también la educación primaria gratuita y quedaron prohibidos los trabajos forzados con los que se compelia a la población aborigen. Cáceres reabrió la Universidad de Trujillo, aún cuando no pudo hacer lo mismo con la de Huamanga, cerrada por su rival Miguel Iglesias. Se crearon normales en provincias. Se amparó el progreso de la mujer.

Paralelamente, florecieron las artes, las ciencias y las letras de orientación peruanista. Intelectuales como Raimondi, Baca Flor y Ricardo Palma

recibieron apoyo oficial para desarrollar sus creaciones; el espíritu nacionalista, el conocimiento del país y la reivindicación de lo autóctono fue asumido en nuevas revistas progresistas como “El Perú Ilustrado” y la “Revista Militar y Naval”.

Peruanos de la costa, la sierra y la selva vieron descritas sus realidades en el “Boletín de la Sociedad Geográfica”, que nació con los auspicios del General Presidente. Y en los cuarteles, leyendo los periódicos militares, hubo identificación con la tradición andina, con los héroes libertarios como Manco Inca, Juan Santos Atahualpa, Francisco Inca, Túpac Amaru, Felipe Velasco y Cusi Guamán, según consta en la crónica titulada “La Raza Indígena”, que firmó en 1888 el héroe de La Breña y futuro general y ministro de guerra Pedro Muñoz. La escuela llevada a los cuarteles, con la instrucción de los reclutas; y el trabajo llevado a las escuelas con la creación de los talleres artesanales, fueron obras inéditas. Su gobierno puede situarse a la par que los de Santa Cruz, Castilla y Velasco, tres hombres del pueblo”.

Reparemos en las últimas palabras de Juan José Vega. Algo similar ha dicho también el acucioso historiador Pablo Macera Dall’orso. No es el criterio de la corriente de historiadores elitistas que sólo tratan de ver los rasgos presuntamente negativos de la gestión de Cáceres. Sin la necesaria perspectiva se le ha criticado la firma del Contrato Grace, pero historiadores de la talla de Juan José Vega y Pablo Macera no ven en ello sino un acto de gobierno que fue necesario y hasta imprescindible en su tiempo, sin el cual el Perú no hubiese podido encaminarse en la ruta de la Reconstrucción Nacional.

Cáceres Presidente supo afrontar con decisión los momentos más difíciles de la post guerra. No obstante, a decir del propio Cáceres, su paso por el poder no le fue del todo grato, según confesó a un reportero de “La Crónica” en 1915: “No quisiera acordarme de mi vida política Llegué al poder animado por un ideal: reconstruir la patria deshecha. La revolución (contra Iglesias) estaba justificada por mi oposición resuelta a la paz en lasa condiciones en que se pactó. Una vez en el gobierno, procuré rodearme de los hombres mejor preparados del país. Distinguidas personalidades me acompañaron en el

gobierno, y los actos buenos que se pudieron realizar entonces hay que atribuírselos, en gran parte, a la inteligencia, al patriotismo y a la capacidad de ellos. Pero si yo sabía lo que era gobernar un país y tenía una alta idea de muchos hombres públicos, durante mi administración adquirí una triste desilusión. ¡Cuántas ingratitudes, cuantas deslealtades y cuántas injusticias vi de cerca y recibí! Pero, dejemos estas cosas tristes.”

No obstante, la obra presidencial de Cáceres sería luego reconocida como positiva por los más disímiles sectores de nuestro espectro político. Entrevistado por el periodista César Hildebrandt en febrero de 1977, y preguntado por su personaje histórico favorito, don Luis Miró Quesada, en ese entonces Director de “El Comercio”, declaró: *“Cáceres es el más grande... Cáceres permite al Perú decir que nunca fue vencido”*. Mientras que en el otro lado del espectro político, sólo unos años después, las huestes subversivas del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru proclamaron también a Cáceres como uno de los cuatro más grandes Paradigmas de la Peruanidad.

En tiempos más cercanos, el hecho de que un comandante del ejército se sublevara contra el régimen de Fujimori, a la cabeza de un movimiento autoproclamado cacerista, hizo que se vertieran duros e inmerecidos ataques contra el Héroe Nacional en las columnas editoriales de los diarios *“El Comercio”*, *“Expreso”* y *“Correo”*. Esto motivó la inmediata respuesta de la Orden de la Legión Mariscal Cáceres, que en las páginas de su revista institucional demostró con detalle que las acerbas críticas contra la labor de Cáceres como Presidente de la República carecen de fundamento y provienen de gentes ignaras.

Para Cáceres sólo cabe la gratitud nacional y el perenne recuerdo de sus inmortales palabras: *“Esta tierra es nuestra y siempre debe serlo. Ciegos son los que no ven que el Perú tiene el ideal más excelso que puede tener una nación digna y libre: la reintegración y la grandeza de la Patria. La Patria íntegra, la Patria intangible: he aquí el ideal que debe enardecer a nuestras almas, robustecer nuestro esfuerzo y aumentar nuestra acción. El que tenga*

Patria que la honre y el que no, que la conquiste. ¡La libertad se conquista con la espada!.

***Este artículo obtuvo Mención Honrosa en el Concurso Cáceres Presidente que organizó el año próximo pasado el Cuerpo Técnico de Tasaciones del Perú, con los auspicios de la Orden Legión Mariscal Cáceres. Germán Calderón Ticse es catedrático de la Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle y Director de Cultura del Honorable Consejo Distrital de Chosica. Su más reciente libro titula “*Proceso Histórico Mundial*”, editado el 2002**